

BAICA DAVALOS





DE

A PA RE

CI DO S

APARICIONES

Por allá el viento estaba como en su casa. Los perros lo oían pasar y no le ladraban. Mudos, permanecían arrinconados en la galería, tocando guitarra con las pulgas de sus costillares o dando grandes bostezos de sacar lágrimas. Nosotros los mirábamos distraídos, dejando que las hojas de las novelas se nos corrieran volando, sin advertir los cambios, en el sueño de la siesta, cuando el silencio se elevaba como humo hacia los tejados de caña.

Entonces, descuidados, podían sentirse pasar todos los cuentos. El del ahoreado que aceza en el rincón del agua, dando talonazos descalzos en los ladrillos. El de la mujer tapiada para quitarle el tesoro que aúlla cuando le da fuerte el sol en la pared. El del que murió de centella y fue puesto en el cajón con vida, levantándose en medio del velorio. Muerto que murió, a causa del susto que le dio sentirse muerto, del corazón. Pero de todos ellos, producía más escalofrío el más sencillo: aquel que me contaba frente al espejo haciéndome dar miedo, para ver al trasluz cómo se me levantaban las pelusas de los carrillos. ¿Qué temor tenía? Apenas imaginaba los velos de la novia, el excremento, la cara del viejo ¿por qué entonces asustarse? Era porque yo también jugaba con muñecos. Y tenía terror de que me pasara algo igual. Que un día estuviera muy distraído en mi cuarto echado en el suelo, viendo sobre la alfombra cómo galopaban mis caballos de este lado, cuando viene y se abre la puerta y aparece mi papá. “— Señor” — me dice, respetuoso, porque somos bien mayores — “esta señora será su esposa”. Me paro. No es casi nada más alta que yo. Tal vez si se enderezara me pasaría hasta una cabeza, pero tal como es, encorvada, nos quedamos en una misma altura. Yo no acabo de salir con mi asombro. Miro fijo a mi padre en los ojos. ¿Hay algo nuevo? Siempre le había dicho que yo me casaría con mamá. Así, trayéndome esta señora para que me case con ella lo que quiere es alejarme ¿no? No puedo soportarlo, pero he de obedecer. Asiento tragando saliva para demostrarle a la señora que estamos de acuerdo. Me estira ella su garrita toda llena de arrugas y yo le hago señas de que espere. He tenido una idea. Voy por mis guantes a la cómoda y me los pongo. Si no resisto ver las caras arrugadas, mucho menos me sería posible tocar las arrugas. No es la vejez que me dé asco, porque si no con mi abuela no me vería nunca. Es la arruga extraña, que no ha entrado en mi vida. Doy pues el brazo a la señora y marchamos. Yo, obediente, sin que nadie sepa que tramoyó una manera de escapar. Ya se verá cuando. Ahora lo que debo hacer es responder con una sonrisa a las sonrisas de su boca desdentada bajo el poco de bigote que le asoma en las comisuras.

Nos vamos.

¿Despierto entonces o estoy todavía mirándome al espejo o acostado en la alfombra o sigo del brazo de mi prometida hacia un camino que no tiene fin? Hablo. Un perro aúlla en un bostezo llorado. Sigue el viento zumbando y ahora viene de la cordillera un poco de frío, una nada ¿o soy yo no más que me quedé dormido y al despertar, como siempre, siento cierta helazón? No es eso. Es el cuento de la antigua huesped de esta casa de hacienda, que he vuelto a recordar. Jugaba a las muñecas dicen, cuando su padre se le apareció en su antecámara toda tapizada de broderly del bracete con el gobernador Armas.

“—Levántese y salude al señor, que en adelante llamará *esposo*” —le dijo. Ella hizo una reverencia como a una cosa sagrada. Dos semanas después los casaron. Ella tenía catorce años y el señor esposo cincuenta y cuatro. Fueron a su hacienda más cuidada. A ésta. A pasar las fiestas de bodas. El servicio y los peones contaron después que se oyó gritar en medio de la oscuridad de la noche. Unos chillidos como para congelar la sangre en las venas al más valiente. Pasaron dos semanas cuando apareció el médico. Ella, obediente, había comido las tres comidas del día durante todo ese tiempo. Pero ni una sola vez se había metido en el excusado. Le declararon peritonitis fulminante. No se operaba. Reventaba porquería por todos los poros.

LA PUERTA CERRADA

Mi padre solía regresar muy tarde en la noche cuando todos en la casa dormíamos y mamá lo esperaba con la luz encendida para que no cayera o se llevara un mueble por delante. Ella se lo reprochaba muy duro diciéndole en la mesa y en la cama, pero él no hacía el menor caso. Había que levantarse temprano para ir a la escuela y era mi madre la que nos aprontaba, dándonos sándwiches unas veces, chocolate otras, algunas hasta el último momento ayudándonos a comprar en el abasto de abajo de la casa, por un antojo repentino, cualquier golosina.

Mamá aguantaba con poca paciencia lo que a él se le ocurría. Le decía que tenía ideas siempre fuera de hora, cuando ya no había nada que hacer. De pronto despertándonos los dos con gritos suyos que parecían de otras personas y la de mi padre la más extraña, como si él hubiera estado en el infierno, su vozarrón era un estruendo que corría por toda la casa haciendo encender la luz de los vecinos que no querían perder detalle.

Mi hermano más grande no solía despertar por nada de estas cosas. Ahuecado en su almohada parecía que nada le sucediera. Yo no. Yo cuidaba de mi madre y me había propuesto que su carácter no sufriera alteraciones. Sus rabieta me dejaban desanimado. Tanto, que algunos días cuando mi padre había salido

al trabajo dando un portazo, yo le pedía a ella que me guardara en la cama, en el calor que había dejado mi padre donde no me buscarían las brujas. De tarde volvería a la escuela y sería diferente: todo ruido del interior de mi casa se habría apagado ya. Regresaba a la hora del silencio, jugábamos un poco abajo en el patio con los otros del barrio y luego entrábamos para la comida de nosotros tres, con el puesto de mi padre vacío, mientras mamá contaba cosas de las últimas vacaciones que tuvimos a trozos de películas y nos distraía para que pasáramos lo que no nos gusta de la sopa.

Esa noche la comida era buena. Había una fritanga de huevos y carne con tomates, papas, arroz y de postre nos dio barras de chocolate. Dormimos bien temprano, seguros, por la luz que mamá dejaba en su cuarto hasta que mi padre la viera.

Yo desperté de pronto con una bruja que me llamaba por teléfono: “—¿Estás ahí, eh? ¡Ahora mismo voy a comerte! —No!—” chillé. Mamá vino a verme llevándome alzado a su cama. Ya nos dormíamos los dos cuando entró mi padre.

Se paró en la puerta del dormitorio. “—Vamos —dijo— quiero que vengan a donde yo voy”. Estaba cariñoso, con una sonrisa. Mamá despertó a mi hermano, nos vistió de domingo y salimos, siguiéndolo todos.

Tomamos un auto y anduvimos tantas cuadras que yo me dormí junto con él. Cuando desperté, estábamos entrando a una casa por unas galerías muy altas y oscuras. Mamá demostraba estar muy atenta a lo que vendría. Precavida, nos tomó a los dos, nosotros bajo sus brazos y caminábamos entre penumbra. Adelante iba mi padre, tambaleándose, llegaba a la entrada de un salón inmenso muy grande y abierto alumbrado de rojo vivo, donde vimos a sus amigos. No sé bien cuales eran. Algunos de los que habían venido alguna vez a nuestra casa, otros conocidos en exposiciones, viajes o comidas en el campo abierto.

Como en esas comidas con fuego y carne asada, aquí mucha humareda templaba la vista. Apenas pude distinguir a Juan, a Pedro, Narciso, Goldmundo, muchos, muchos de ellos entre resplandores que luego iluminaron un lugar donde estaban las mujeres que los acompañaban. Ellas eran muchas también. Eran gordas y narigudas, sudaban por el mucho fuego y servían a las mesas. Servían y bailaban ya con uno ya con otro. En servir y bailar enseñaban sus carnes entre listones de sedas.

“—Aquí” —invitaba papá. “—Aquí” —insistía. Nos íbamos a sentar en un rincón, cuando mamá nos detuvo poniéndonos las manos en el pecho. El se quedaba mirándonos soñoliento con ese vaso con hielo que siempre lleva en la mano, haciéndolo tintinear. “—¡Siéntese!” —decía.

Traspirando, las brujas gordas ya nos arrimaban sillas de hierro en un rincón entre el humo, cuando mamá dijo —“No”— y nos tapó las caras con sus manos para que no viéramos más, alzándonos, elevándonos, llevándonos en una carrera sin parar hasta que nos puso la puerta de nuestra casa en las narices, con el número cuatro donde está nuestro apellido que yo ya sé deletrear. Abrió rápido y cerró y nos quedamos del otro lado, cansados, acezando. “—Ahora” —dijo mamá — “vamos a poner aquí un candado grande para que no entre más”.